

—Eso creo yo muy bien, Aznar, dijo Castana, y si quieres, ven á la media noche al pié de la torre donde están estos aposentos; que yo te arrojaré es- cala por donde subas á ella, pues has de saber que como esta torre cae detras del muro y está tan alta y no hay ruido de enemigos, suele andar sin atalaya.

—Sí que vendré, Castana, y no hay mas que hablar en ello, y queda con Dios que abajo me es- peran.

—Mucho hablaste con Aznar, le dijo la reina á Castana cuando volvió á su aposento.

Castana no contestó, y se puso colorada.

—No te ruborices, mi fiel Castana, añadió la rei- na; que Aznar te querrá honradamente, y ya os he- redaremos de manera que paseis muy bien la vida como buenos esposos. ; Quiera el cielo hacer vues- tro matrimonio mas feliz que el mio!

MAXIMA ANTIGUA.

—Eso creo yo muy bien, Aznar, dijo Castana, y si quieres, ven á la media noche al pié de la torre donde están estos aposentos; que yo te arrojaré es- cala por donde subas á ella, pues has de saber que como esta torre cae detras del muro y está tan alta y no hay ruido de enemigos, suele andar sin atalaya.

CAPITULO XVI.

—Si que vendré, Castana, y no hay mas que hablar en ello, y queda con Dios que abajo me es- peran.

—Mucho hablaste con Aznar, le dijo la reina á Castana cuando volvió á su aposento.

Donde se preparan y entreen muy de ante- mano los sucesos que andando capitulos han de poner fin á esta historia.

—No te ruborices, mi fiel Castana, añadió la rei- na; que Aznar te querrá honradamente, y ya os he- redaremos de manera que paseis muy bien la vida como buenos esposos. ; Quiera el cielo hacer vues-

No os contenteis con pisar la cola de la serpiente.

MAXIMA ANTIGUA.

Cuando Aznar llegó al patio del alcázar, se en- contró allí con su compañero Pedro de Fivallé.

El rey de armas estaba rodeado de heraldos y es- cuderos, y soldados con antorchas encendidas.

—¿Qué hay? le preguntó Aznar.

—Que las córtes de Aragon reunidas por su pro- pia autoridad y convocatoria en este alcázar, se nie- gan á reconocer mas por rey á don Ramiro, y han

declarado que no dejarán entrar dentro de Huesca ni á él ni al de Barcelona, contestó Fivallé.

—Pues si eso pasa, dijo Aznar, no hay mas sino que me salí con la mia, porque nunca pensé que el perdon lo aceptasen.

—Vamos á nuestro alojamiento, y allí hablemos despacio, repuso Fivallé.

—Sea como decís, añadió Aznar.

Y entrambos echaron á andar para la calle nombrada del *Salvador*, adonde estaban aposentados.

No bien llegaron allá y despidieron á los de la comitiva, dijo Aznar á Pedro de Fivallé:

—¿Nada se os ocurre que hacer ahora?

—A mí no, respondió el otro.

—Don Ramiro y don Berenguer, continuó Aznar, nos enviaron acá para que allanásemos la entrada, de suerte que no tuvieran que poner cerco á la ciudad. Con tal objeto concedieron ese perdon; mas ya que los ricoshombres empedernidos en su traicion no lo aceptan, ¿cómo hemos de allanarles la entrada de la ciudad evitando el cerco?

—No se me ocurre cómo, respondió Fivallé, según que yo los he visto de soberbios: no hay mejor hacer que salir nosotros de aquí y dar parte de todo á nuestros príncipes para que los traten con todo el rigor de la guerra.

—Ni por pienso, Fivallé; eso no conviene, replicó Aznar. Al abrigo de esos muros tan recios y de esas noventa torres que circuyen la ciudad, los ricoshombres sabrán mantenerse en su rebelion por largo tiempo, y aun desde aquí no les seria difícil levan-

tar el reino y desbaratar los intentos del buen rey don Ramiro y de su aliado don Berenguer.

—Así es la verdad, Aznar, repuso el rey de armas; ¿pero cómo hemos de remediarlo?

—El cómo ya lo buscaremos, continuó Aznar. Lo que importa es que convengamos en reconocer nuestro deber; ni don Ramiro ni don Berenguer nos mandaron que saliésemos de aquí. “Id, dijeron, y llevadles nuestro perdon mientras nosotros entramos en la ciudad. Si al entrar oimos el repique de una sola campana, entenderemos que sois vosotros quien la tocais, y que no debemos hacer daño á los ricos-hombres, porque ellos han reconocido su culpa, sometiéndose á nuestros mandatos; mas si la campana no suena, ó suenan muchas como en rebato, entenderemos lo contrario y obraremos como convenga.” Bien se ve, Fivallé, que no previeron el caso de que saliésemos de aquí.

Eso fué que no previeron tampoco el caso de que los ricoshombres estuvieran tan determinados, respondió Fivallé.

—O acaso, contestó Aznar, que fiaban en que nosotros no dejaríamos que cuajase el propósito de la resistencia.

—¡Imposible! replicó Fivallé como asombrado, ¿quién habia de imaginar semejante cosa? ¿Qué fuerzas son las nuestras para ello? Aznar, contad aún con lo que hablais, no dejemos por acá la cabeza.

—¿Eso os espanta? dijo Aznar.

—No me espanta, sino porque ha de ser inútilmente, contestó Fivallé.

—Inútilmente no, continuó Aznar; y una vez que eso solo os empesce y mortifica, aguardadme aquí que yo vendré dentro de poco, y os diré un plan por donde logremos nuestro intento. ¿Me aguardaréis?

—Sí aguardaré.

—Pues hasta luego, y confiad en que mayor servicio que este nuestro, nunca lo han hecho á reyes sus vasallos.

Salió Aznar al decir esto, y por entre las revueltas callejuelas del contorno llegó al Coso, ancha calle que á la sazón comenzaban á formar los vecinos construyendo casas por enfrente del muro de piedra, en el arrabal que desde el tiempo de los moros venia allí encerrado con gran paredon de tierra que le servia de defensa.

En una de las primeras calles de este arrabal se paró delante de cierta casa, mas destruida y de mas vil aspecto que las otras, y dió diversos golpes.

Abrieron con una sogá desde arriba, subió, y en una sala estrechísima y mal amueblada se encontró manos á boca con Fortuñon, antiguo compañero suyo, al qual conocen ya nuestros lectores.

Fortuñon, le dijo Aznar, ¿tienes en tus venas todo el valor antiguo? ¿Amas al rey como le amaron siempre nuestros padres? ¿Te fias tú de mí como te fiabas de mi padre García de Aznar?

—Si tengo, si amo, si fio, respondió compendiosamente Fortuñon.

—Loado sea Dios que te hallo tal como creia.

¿No temerás, pues, menear de nuevo las armas en servicio del rey? ¿Herirás á quien él te mande sin preguntar su nombre? Recuerda que así obraron siempre los de nuestra raza.

—Digote que por el rey y por tí haré cuanto sea necesario.

—¿Qué número de almogávares habrá á estas horas en Huesca?

—No pasarán de cincuenta, Aznar.

—¿Conóceslos tú á todos?

—A todos.

—¿Qué tal gente son?

—Pero Diaz es el uno, aquel hijo del campanero de Oviedo que se vino años atrás con nosotros, y Juan de Sobrave, y ese perro de Ramiro Benedris, que dice que viene de reyes moros y él es moro en las obras aunque sea en los pensamientos cristiano, y Loharre, y...

—No queria saber los nombres de todos; mas solo si era gente con la qual se pudiera contar en todo trance.

—No la hay mejor entre los almogávares.

—Me basta, Fortuñon; esa es la gente que necesito. Solo falta que todos te reconozcan por caudillo. ¿Hay entre ellos alguno que sea mas viejo que tú?

—Mas viejo que yo le contestó al punto Fortuñon, como picado de que tal osara suponer el mancebo. Somos ya pocos los que quedamos de aquellos tiempos en que se daban batallas como la del Alcoraz, y se tomaban ciudades como esta de Hues-

ca. ; Mas viejo que yo ! A fe, a fe que mis años no los he llevado en cuenta, ni de mis padres pude averiguar los que tenia, porque muy temprano se olvidaron de ellos; mas yo te contaré cosas que presencié, y otras en que puse mano, que no haya en todo el reino tres personas que las recuerden. Ni los hay mas viejos que yo entre los almogávares; la vida se acaba pronto en la montaña, y en la lid, antes peleando que comiendo, y antes corriendo tierras que descansando en mullidos lechos, y es milagro que el cielo haya conservado tanto la mia.

Aznar escuchó toda esta retahila con su acostumbrada impaciencia; luego, reprimiéndose lo que pudo, habló al viejo almogávar de esta manera:

—Ea, pues, Fortuñon, sirva tu larga edad y el crédito, y mando que ella te asegure entre los almogávares para una gran empresa, que ha de ser no menos aceptada á Dios, que provechosa al rey.

—Continúa, Aznar, repuso Fortuñon.

—Ya sabrás cómo los ricoshombres del reino aquí reunidos se han rebelado contra don Ramiro, hermano del Batallador don Alonso, y del glorioso don Pedro é hijo del valiente Sancho Ramirez, con quien hicistes tus primeras armas.

—Y cuán diferente que es este don Ramiro de su padre y hermanos ! Oh, si tú á aquellos hubieses conocido ! interrumpió Fortuñon.

—Eso no es del caso, replicó con calor Aznar viendo el contrario efecto que sus citas habian producido. ; Negarás tú ahora que sean rebeldes y dig-

nos de castigo los ricoshombres que se han alzado contra el rey don Ramiro ?

—Cierto es que obraron mal; pero, hijo mio, no te descompongas tanto contra los ricoshombres; mira que ellos son imagen del rey, como el rey es imagen de Dios.

—Que no me descomponga con ellos ! esclamo Aznar: son traidores, Fortuñon; son traidores, y nosotros los que somos leales no debemos respetarlos ni tenerlos en nada, sino por el contrario, lavar en su sangre las afrentas del rey.

—Muy adelante te lleva la cólera: ¿ es quizá para algo de eso para lo que requieres mi brazo ?

—Precisamente para eso, para que entre tú y yo y esos almogávares, rematemos de una vez con los mas soberbios de los ricoshombres, y demos libre entrada al rey dentro de estos muros.

—Pues vuélvome de lo dicho, Aznar, y aconsejote que no te metas en tales honduras; que luego los grandes de la tierra entre sí se acomodan, y nosotros los pequeños lo pagamos todo.

—Y así cumples la palabra que me diste de servir al rey y de herir á quien él te mandase sin preguntar su nombre ? Y así muestras el amor que dices que me tienes ? Y así imitas los hechos de tus mayores ? Nunca mi padre Garcia de Aznar hubiera temido como tú temes, ni hubiera faltado como tú faltas á tus promesas.

Al decir esto Aznar, sus ojos lanzaban rayos de ira; su voz temblaba, su brazo levantado desafiaba todos los obstáculos.

— Mas qué te va ó te viene, Aznar, para que tanto fijes tu atencion en ello? respondió Fortuñon sin curarse del gesto indignado de su compañero. ¿Qué tienes tú que entender en las luchas del rey con los ricoshombres? Dígame que al cabo el rey perdonará á sus rebeldes cortesanos y capitanes, y que estos no perdonarán jamas á los que en nombre del rey los ofendan ó lastimen.

— Por eso mismo no trato yo sino de hacer que su perdon sea imposible; por eso mismo no trato yo sino de penarlos de suerte que mas no puedan vengar ofensas, ni reparar sus daños; repuso con ronca voz Aznar. Mas dejémonos de ociosas disputas: si tú no me acudes, yo solo intentaré la empresa, yo solo iré á las casas de los principales ricoshombres, tan temibles capitanes y cortesanos, y de ellos libraré á Aragon á costa de mi vida.

— Oh! no hagas tal, Aznar, exclamó Fortuñon interrumpiéndole. No hagas tal, que te perderás sin remedio y sin provecho alguno.

— Si lo haré, respondió el jóven almogávar mas exaltado que nunca: lo haré porque no se diga que há dejado de haber almogávares en Aragon, por no faltar á la memoria de mi padre que siempre fué leal, y quiso que lo fuese su hijo. ¡ Es tan bueno el rey! ¡ Son tan soberbios los ricoshombres! Yo he de morir por él ó he de sacarle victorioso sobre los rebeldes; esta es mi última resolucion, ¿ lo entiendes? Discurre ahora, Fortuñon, si te conviene ayudarme en mi empresa, ó dejarme solo á que perezca en la demanda.

Fortuñon se puso á meditar apoyando su blanca cabeza entre las manos; luego, despues de un breve rato de meditacion, dió dos ó tres vueltas por la estrecha sala, y parándose delante de Aznar exclamó, no sin exhalar antes un profundo suspiro: no

— No puede ser! Y Dios sabe cuánto me pesa no complacerte; pídemela otra cosa; pero eso de ir contra los ricoshombres de motu proprio, sin mandamiento ni disposicion de nadie, no esperes que lo haga jamas. La lealtad ciega tus ojos, hijo mio; ábrelos á la evidencia de mis palabras y verás cómo no es justo ni conveniente sobre ser peligrosísimo y de éxito casi imposible.

— Oh! Si nace la resistencia de que á tu parecer no tenemos mandamiento ni disposicion de nadie, cuenta que estás en grande error. Orden teno go del rey, orden terminante. Acabaras! dijo Fortuñon. Y por qué no mostrarme desde luego el pergamino y no hubiera disputa? Bien sabes que soy entendido en letras, porque en mi niñez, como te he contado muchas veces, me dedicaron mis padres á monaguillo en Jaca. Ea, pues, muéstrame ese pergamino, y vea yo mandado del rey lo que tú me dices, y harélo aunque me cueste la vida.

Los ojos de Aznar se iluminaron de alegría. — Ahora te conozco, mi viejo Fortun, dijo poniendo la mano en el hombro de su camarada. Aprés tate, pues, que el pergamino donde esa orden está escrita yo te lo mostraré á la noche; que puesto que yo no entiendo en leer como tú, para eso viene an

mi compañía el honrado Pedro de Fivallé, rey de armas del gran conde de Barcelona, el cual consigo trae tal pergamino y sabe muy bien que en él se contiene y esplica lo que digo. Mas te oi decir que no debíamos los villanos entrometernos en estas re-

vertas del rey y de los ricoshombres: ¿has variado de opinion?

—Sin mandato del rey, debi anadir, que no era otro mi intento; porque lo que él manda, ningun vasallo, pésele ó no, puede escusarse de cumplirlo.

—¿Y temerás ahora las venganzas de los ricoshombres?

—Ya sabré resignarme á ellas por obedecer al rey, contestó Fortun suspirando.

—Es decir que con esa orden todo está compuesto, y hallaré en ti ayuda para todo.

—Cabalmente; todo con esa orden, nada sin ella; has comprendido perfectamente mi pensamiento.

—Pues la tendrás. Esta noche te aguardo á las doce en punto en los alrededores de la plaza de la *Miseria*. Ten apostados á nuestros camaradas por las cercanías, de manera que no infundan recelos, ni muevan á alarma las atalayas del muro.

—Allí estare y todo lo tendré dispuesto como tu quieres.

Aznar alargó la mano á su compañero y se la estrechó afectuosamente. Luego tomó la puerta y echo á correr por las escaleras. Pero así como á la mitad de ellas, volvió atrás y habló á Fortuñon de esta suerte:

—Se me olvidaba una cosa, viejo almogávar. ¿Co-



mi compañía el honrado Pedro de Fivallé, rey de armas del gran conde de Barcelona, el cual consigo trae tal pergamino y sabe muy bien que en él se contiene y esplica lo que digo. Mas te oi decir que no debíamos los villanos entrometernos en estas re-

vertas del rey y de los ricoshombres: ¿has variado de opinion?

—Sin mandato del rey, debi anadir, que no era otro mi intento; porque lo que él manda, ningun vasallo, pésele ó no, puede escusarse de cumplirlo.

—¿Y temerás ahora las venganzas de los ricoshombres?

—Ya sabré resignarme á ellas por obedecer al rey, contestó Fortun suspirando.

—Es decir que con esa orden todo está compuesto, y hallaré en ti ayuda para todo.

—Cabalmente; todo con esa orden, nada sin ella; has comprendido perfectamente mi pensamiento.

—Pues la tendrás. Esta noche te aguardo á las doce en punto en los alrededores de la plaza de la *Miseria*. Ten apostados á nuestros camaradas por las cercanías, de manera que no infundan recelos, ni muevan á alarma las atalayas del muro.

—Allí estare y todo lo tendré dispuesto como tu quieres.

Aznar alargó la mano á su compañero y se la estrechó afectuosamente. Luego tomó la puerta y echo á correr por las escaleras. Pero así como á la mitad de ellas, volvió atrás y habló á Fortuñon de esta suerte:

—Se me olvidaba una cosa, viejo almogávar. ¿Co-

